

Washington Irving y el embrujo de la Alhambra

En 1829, el escritor norteamericano hizo un viaje por Andalucía que lo llevó hasta Granada. Maravillado por la Alhambra, escribiría luego una obra que la haría famosa en todo el mundo

Viajero, escritor y embajador

1815

El norteamericano
Washington Irving llega a Liverpool a los 32 años como representante de la empresa familiar.

1826

Tras la quiebra de la compañía en 1818, el joven Irving viaja por toda Europa. El embajador americano en España le invita a Madrid.

1828

En España, Irving escribe una biografía de Cristóbal Colón que tiene gran acogida. Luego emprende un viaje por Andalucía.

1832

Como resultado de su viaje, Irving publica *Cuentos de la Alhambra*, una de sus obras más conocidas.

1842

Irving regresa a Madrid a los 59 años como embajador de EE. UU., pero no vuelve a Andalucía.

Escritor, historiador, diplomático, antropólogo y viajero romántico, Washington Irving fue una de las personalidades más inquietas y atractivas que alumbró la república norteamericana en sus primeros años de vida (de hecho, su nombre de pila es un homenaje al padre fundador de Estados Unidos, George Washington). Con poco más de veinte años se hizo famoso como escritor con una historia satírica de Nueva York, su ciudad natal, pero su estilo terminaría de cuajar en Europa, concretamente en Liverpool, adonde se trasladó en 1815 como representante de la empresa familiar, dedicada al comercio de importación y exportación. Cuando la firma entró en quiebra, tres años después, Irving se dedicó a viajar por diversos países de Europa mientras escribía libros de relatos que alcanzaron un notable éxito.

En 1826, estando en París, recibió una invitación del embajador estadounidense en España para que se trasladara a Madrid, a fin de traducir al inglés una serie de documentos sobre el descubrimiento y con-

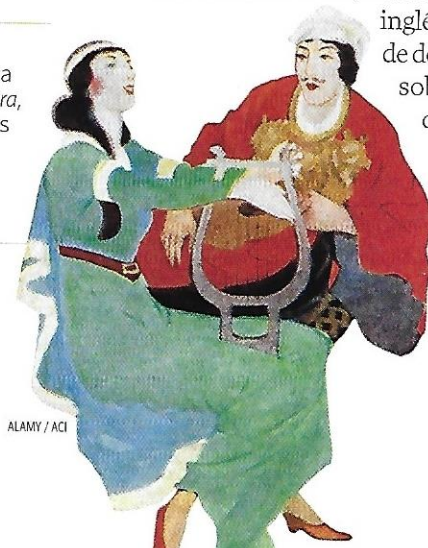
quista de América por los españoles. Irving siempre se había interesado por la historia, y una vez en España decidió escribir una biografía de Cristóbal Colón. Publicada en 1828, tuvo de nuevo una excelente acogida que lo indujo a volcar sus energías en un nuevo proyecto: una historia de la conquista de Granada por los Reyes Católicos, que se publicaría al año siguiente.

La aventura granadina

Durante su estancia en España, además de investigar en archivos y bibliotecas, Irving viajó mucho por el país. En 1828 se dirigió a Andalucía acompañado de dos amigos, además del cónsul y el secretario de la embajada rusa en Madrid.

Los viajes, en aquellos tiempos, constituían una gran aventura. A menudo el camino era largo y peligroso. En ocasiones debían cabalgar al borde de las montañas, por caminos que se precipitaban al mar y bajo una lluvia incesante. El propio Irving recuerda así las dificultades: «La mayor parte de nuestra ruta ha sido increíblemente fatigosa, en medio de salvajes panoramas y en una parte del país totalmente desprovista de comodidades, pero hemos sido recompensados por la sublimidad de estos paisajes de ásperas montañas

En los cuentos de Irving, la Alhambra aparece como un «palacio encantado»



ALAMY / ACI

ILUSTRACIÓN DE WILLIAM O. MCCANNELL PARA CUENTOS DE LA ALHAMBRA, 1920.



UNA IDEA ROMÁNTICA DE ESPAÑA

EN LA DEDICATORIA de los *Cuentos de la Alhambra* a su amigo y compañero de viaje, el pintor inglés David Wilkie, Washington Irving hace referencia a cómo se gestó la obra: «En las andanzas que realizamos juntos por algunas de las viejas ciudades de España advertimos una fuerte mezcla de lo sarraceno con lo gótico, reliquias conservadas desde el tiempo de los moros [...]. Fuimos sorprendidos con frecuencia por escenas que nos recordaban pasajes de las *Mil y una noches*. Entonces me estimuló usted a que escribiese algo [...] que tuviese rëgusto de ese perfume árabe que todo lo impregna en España».

WASHINGTON IRVING. GRABADO COLOREADO QUE REPRESENTA AL VIAJERO, HISTORIADOR Y DIPLOMÁTICO ESTADOUNIDENSE. 1833.

GRANGER / AGE FOTOSTOCK

que me han impresionado en algunos momentos con sentimientos de severa grandeza como sólo los he sentido al leer las páginas de Dante». Viajaban durante la noche, se detenían para desayunar y seguían avanzando hasta el mediodía. Entonces hacían una larga parada para comer y descansar hasta la medianoche.

El grupo recorrió Córdoba, Málaga, Ronda, Gibraltar, Cádiz, Sevilla, El Puerto de Santa María... En mayo de 1808 llegó a Granada, donde pasó nueve días, alojado en la Fonda del Comercio. Durante su estancia tuvo ocasión de

visitar la Alhambra, e incluso se permitió ponerse a escribir en el patio de los Leones, diluyendo la tinta de su pluma en el agua de la fuente.

Fascinado por la ciudad del Darro, Irving decidió volver al año siguiente. Acompañado ahora por el príncipe ruso Dolgoronky, el escritor norteamericano permaneció en Granada casi tres meses. Lo mejor fue que consiguió alojarse en el interior del palacio nazarí tras pedir autorización al gobernador. Estos interiores se encontraban en esos tiempos devastados tras la ocupación francesa y eran una gran ruina exótica,

lo que despertaba la sensibilidad romántica del escritor cuando los contemplaba a la luz de la luna: «Todas las injurias del tiempo [...] desaparecen por completo; el mármol recobra su primitiva blancura [...] los salones se bañan de una suave claridad, y todo el edificio semeja un encantado palacio de los cuentos árabes».

Según el padrón de 1824, los palacios nazaríes estaban entonces habitados por unas 381 personas, entre empleados al servicio del gobierno de la ciudadela, militares, clérigos y población marginal (pobres, vagabundos,

HABITACIÓN EN LA ALHAMBRA

LAS ESTANCIAS de Irving en la Alhambra «estaban en frente del palacio, mirando hacia la explanada de los Aljibes. Por estos departamentos se sale a un ángulo de la torre de Comares [...]. Abriendo una puertecilla, se queda uno sorprendido al salir a la brillante antecámara del salón de Embajadores».



PLACA CONMEMORATIVA DE LA ESTANCIA DE WASHINGTON IRVING EN LA ALHAMBRA.



ladrones...). Irving convivió con estas personas con naturalidad. Conoció así a cierto Mateo Jiménez, un «filósofo harapiento» que le salió al paso y se le ofreció como guía. Irving escribe: «Tengo la habitual desconfianza del viajero ante los cicerones oficiosos, así que le dije: «Presumo que está usted familiarizado con el lugar».

A lo que él respondió: «Más que nadie; pues, señor, soy hijo de la Alhambra». Los españoles de a pie tienen en realidad la manera más poética de expresarse. ¡Un hijo de la Alhambra!». A partir de ese momento se forjó entre ambos una estrecha relación que fue tornándose en una sincera amistad. También mantuvo conversaciones con

algunos ancianos inválidos que habían encontrado refugio en el palacio, como el tío Polo, un antiguo soldado cuyas historias inspiraron a Irving «La leyenda del soldado encantado».

La mirada de Irving sobre la sociedad española era típica de los viajeros románticos del momento. «El pueblo llano —escribía— es maravillosamente pintoresco en todas sus actitudes, reuniones y vestimenta. Es una fuente de continuo placer para mí pasear por las calles, anotar las figuras y los grupos de nuestro alrededor». A veces se fijaba en los ojos «llenos de fuego» de las jóvenes andaluzas. Y se refiere a las leyendas que rodean el palacio nazarí, que hablan de espíritus y supuestos tesoros.

Una triste despedida

El 18 de julio de 1829, Irving recibió una carta que le comunicaba su nombramiento como secretario de la embajada norteamericana en Londres. «Mi feliz

LA TÍA ANTONIA

ESTA CAMPESINA fue retratada por Irving como la mejor valedora de la Alhambra ya que, según él, «mantenía en orden los salones y jardines árabes y se encargaba de enseñarlos a los forasteros». Al parecer, la mujer vivía del cobro de entradas y de «todo el producto de los jardines». La tía Antonia también impedía que los visitantes se llevaran fragmentos de estuco de las paredes y deteriorasen aún más el monumento.

DETALLE DE LOS ARCOS DE LA SALA DE LOS ABENCERRAJES. LITOGRAFÍA. 1839.

LA ALHAMBRA. Esta pintura de Samuel Colman de 1865 recrea la ciudad de Granada, presidida por la impresionante fortaleza nazarí, tal como era cuando Irving visitó el lugar.



y apacible reinado en la Alhambra fue bruscamente interrumpido por la llegada de unas cartas que me instaban a salir de mi paraíso musulmán para sumirme una vez más en el bullicio del polvoriento mundo. ¿Cómo iba a salir al encuentro de sus inquietudes, después de semejante vida de tranquilidad y ensueño? ¿Cómo podría yo soportar su vulgaridad, tras haber disfrutado de la poesía del palacio nazarita?». Tras meditarlo, al final aceptó el cargo.

La partida se demoró unos días, en los que Irving se dedicó a «vagar por mis lugares favoritos que cada vez se ofrecían más deliciosos a mi contemplación». Finalmente, partió de Granada el 28 de julio de 1829. Al despedirse de la ciudad le vino a la mente el recuerdo del último rey nazarí: «Al caer la tarde, llegué al sitio en que el camino serpentea entre montañas y allí me detuve para dirigir una última mirada sobre Granada. Ahora podía

comprender algo de los sentimientos experimentados por el pobre Boabdil cuando dio su adiós al paraíso que dejaba tras él y contempló ante sí el áspero y escarpado camino que conducía al destierro». Y se extasió por última vez en la contemplación del palacio: «Como de costumbre, los rayos del sol poniente derramaban un melancólico fulgor sobre las rojizas torres de la Alhambra. Apenas podía distinguir la ventana de la torre de Comares, donde me había sumido en tantos y tan deliciosos ensueños. Los numerosos bosques y jardines en torno a la ciudad aparecían ricamente dorados por el sol y la purpúrea bruma del atardecer estival se cernía sobre la vega. Todo era ameno y deleitoso, pero también tierno y triste a mi mirada de despedida. Me alejaré de este paisaje —pensé— antes de que el sol se ponga. Me llevaré su imagen revestida de toda su belleza».

En 1832 publicó *Cuentos de la Alhambra*, libro que combina impresiones de viaje con los cuentos ambientados en el período nazarí y contribuyó a hacer universalmente célebre el conjunto palaciego andalusí. En los años siguientes muchos viajeros llegaron a Granada y preguntaron por Mateo Jiménez, al que Irving había citado elogiosamente, esperando que su amigo podría ganarse la vida como cicerone y que así pronto cambiaría la andrajosa, raída y desgastada capa parda que llevaba cuando lo vio por primera vez por un atuendo más nuevo y elegante. ■

FÁTIMA DE LA FUENTE DEL MORAL
DOCTORA EN ECONOMÍA

Para
saber
más

ENSAYO
Washington Irving
en Andalucía
Antonio Garnica. Fundación José
Manuel Lara, Sevilla, 2004.

TEXTO
Cuentos de la Alhambra
Washington Irving. Alianza,
Madrid, 2014.